

abren en dos alas para dejar paso a Hugo, que después de lanzar una mirada altanera a Diana, sale seguido de Gottifredo.

### TELON LENTO

## ACTO SEGUNDO

Salón en el castillo de Diana. Los muros pintados al fresco, divididos por columnas pintadas que parecen de cristal, con los capiteles y las bases dorados. La pintura del fondo es pálida, y el dibujo ingenuo, representando castillos y paisajes. Las figuras ostentan colores vivísimos, sin medias tintas, y algunas con expresiones grotescas, mas siempre llenas de movimiento. Entre las pinturas y el suelo, un zócalo alto y oscuro. En torno del techo corre una franja de colores vivaces, representando flores y hojas, entrelazadas con suma elegancia y variedad. La techumbre de madera oscura artísticamente artesonada. A la derecha, una ventana con la vidriera emplomada; enfrente, la chimenea amplia y maciza. En la pared del fondo, una puerta central de madera tallada. En el ángulo que forma la chimenea con la pared del fondo, otra puerta de madera tallada, y en el primer término, también del mismo lado, una puerta de dos hojas. Junto a la ventana una mesa sencilla, y en torno de la mesa, algunos escabeles. Junto a la chimenea, donde arde un fuego intenso, un gran sillón de brazales, con el respaldo tallado y ornado en la cimera por una franja con las armas de la Casa de Altono.

## ESCENA PRIMERA

DIANA, GERBERTO, VISCARDO, MARTÍN Y GASTÓN

Gerberto, Viscardo y Martín juegan a los dados, en una mesa junto a la ventana. Diana aparece sentada en una silla con brazales, cerca del fuego, de tal forma que los jugadores no la vean. Sobre un banco, junto a la puerta, duerme Gastón. Por la ventana penetra una luz tan débil que apenas llega a la mitad de la escena, mientras Diana se encuentra iluminada por los purpúreos reflejos de la hoguera. Durante las dos primeras escenas la luz se va amortiguando, poco a poco, de manera que al final de la escena no quede más claridad que el resplandor intermitente de las llamas del hogar.

MARTÍN

¡Meto seis!

VISCARDO

¡Habla bajo...! ¡No estás en el cuartel  
entre la soldadesca...!

MARTÍN

A lo menos en él  
se grita a voz en cuello...

VISCARDO

Señalando a la chime-  
nea.

¡Calla...!

MARTÍN

¿Quién...?

VISCARDO

La señora.

MARTÍN

¿Siempre en silencio...?

GERBERTO

¡Siempre...!

VISCARDO

¡Pero está más ahora!

MARTÍN

¡Si ardiese el bosque entero, allí, sobre  
el hornillo,  
no la calentaría...!

GERBERTO

¡Cayó sobre el castillo  
y el campo, la nevada...!

VISCARDO

¡La frialdad del invierno  
se nos mete en el alma...!

GERBERTO

¡El mal tiempo es eterno!

VISCARDO

En el burgo, se mueren de frío...

MARTÍN

Tira tú...  
¡Y aquí de pena...!

VISCARDO

Tres, te gano.

Le pasa los dados a Ger-  
berto.

GERBERTO

Observando por la ven-  
tana.

¡La tarde no serena...!

MARTÍN

¡Anoche, una avalancha rodó de esas montañas,  
aplastando a su paso cuatro o cinco cabañas!

VISCARDO

¿Una avalancha...?

MARTÍN

¡Enorme! ¡El pobre Lupo ha muerto!

GERBERTO

¡De una pica de nieve el valle se ha cubierto!

MARTÍN

¡En la cumbre del monte mucha más ha caído!

VISCARDO

¡Cayó tanta, que el techo de la Ermita  
se ha hundido

A Martín.

Juega.

MARTÍN

Si apenas veo...

GERBERTO

Cuando el señor vivía,  
¡qué alegre en el castillo la vida transcurría!  
¡Reunidos todos, bajo la bendición del cielo,  
y al calor de las llamas, la vida era un  
consuelo...!

Murió el señor y el hijo... Rindieron sus tributos  
a la muerte... ¡Qué pena...! ¡Las plantas no dan  
frutos;

el nido está sin pájaros y las vigas sin nidos...!  
¡Tan sólo quedan hojas de los ramos floridos...!  
La aurora es un ocaso...

MARTÍN

¡Buen porvenir, hermano!  
¡Fuera, la nieve, el frío; y aquí, dentro, un  
anciano

Mirando a Gerberto.

que vive del pasado, frunciendo el entrecejo,

y una joven señora que es más vieja que el  
viejo!

VISCARDO

Medita su venganza contra el conde...

Sí... ¡Espera...!

Un año la medita, y Hugo aún vive... Quisiera  
deciros lo que a veces, en su gesto adivino:  
a su harem ama el moro, y el tudesco ama  
el vino;

y la mujer, más tarde o más temprano, ama...

Diana se levanta del si-  
tial.

GERBERTO

Bajo, a Martín.

¡Más silencio...!

MARTÍN

Con extrañeza.

¿Qué ocurre...?

GERBERTO

Señalando a Diana.

¡Que se acerca la dama...!

Diana se aproxima, y  
dejan súbitamente de ju-  
gar, alzándose respetuosos  
e inclinándose ante ella.

DIANA

¡No! ¡Seguid la partida...!

Los tres permanecen de  
pie.

¡Que os sentéis he mandado...!

Alejándose, mientras los  
jugadores se sientan.

¡A mí, Gastón...!

Viéndole dormido en el fondo de la escena.

Mas, duerme...

Gerberto se le acerca.  
Ella se vuelve imperiosa.

!A Gastón he llamado...!

Gerberto se inclina y va a retirarse. Ella se reprime, dirigiéndose de nuevo a él, con dulzura.

¡Perdóname, buen viejo...! ¡Fuí contigo severa...!

Gastón se despierta y se alza, luchando aún con el sueño. Al ver a su señora se inclina.

¡Cómo anochece...! Es triste...

Mirando a la ventana.

¡Idos todos!

A los servidores. Estos saludan. Al ir a salir Gerberto, Diana le detiene.

¡Espera...!

¡A través de las sombras vuelan los pensamientos tan lejos...!

De nuevo a Gerberto.

¡Permanece conmigo unos momentos!

Viscardo, Martín y Gastón salen por la puerta del fondo.

ESCENA SEGUNDA

DIANA Y GERBERTO

Diana permanece un instante absorta en sus pensamientos. Gerberto, después que han salido los otros, se vuelve, la contempla con una emoción casi paternal, y se le va acercando lentamente.

GERBERTO

Qué quieres...?

Diana se estremece al oírle, mirándole con infinita ternura.

DIANA

¡Ah, Gerberto...! Por no sé qué virtud



tus canas simpatizan con esta juventud  
solitaria y sombría... ¡Quédate conversando  
conmigo...! Eché a los otros, y he obrado bien,  
pues cuando  
el deber no les ata, ¿para qué han de tener  
que sufrir a la presencia de esta triste mujer...?  
A todos soy molesta, y a mí misma me hastío...  
¡Qué soledad...! ¡Qué vida tan horrible, Dios  
mío!

GERBERTO

¿Qué tienes...? ¿Tus vasallos sus tributos  
te niegan...?  
¿En tus fuertes castillos su esplendor  
no despliegan  
tus banderas triunfales...?

DIANA

Con emoción.

¡Gerberto...!

GERBERTO

¿Qué más quieres...?

Dejando caer las pala-  
bras con profunda inten-  
ción.

Al rescoldo del fuego sueñan otras mujeres  
con risueñas infancias de rubia cabellera...  
¡Tales sueños desprecia tu majestad austera...!  
Tú eres fuerte y salvaje como el viento que ruge  
cuando el valle retiembla y la montaña cruje!  
Tienes cuanto deseas...

DIANA

Con amargo reproche.

¡Refrena tu lenguaje...!

Sólo esto me faltaba: ¡que hasta un siervo  
me ultraje!

GERBERTO

Resentido como por una

grave ofensa, pero reco-  
brando de súbito su ente-  
reza en un duro arranque.

Un siervo soy... ¡Bien dices...! Aun antes  
que naciera  
la dueña que me ofende, de su padre lo era,  
el buen Wifredo el Pío, y lo fui de su abuelo,  
Ebaló Magno, el viejo centenario... Y el cielo  
quiso que a éste mi brazo le librase la vida,  
cuando deshecho el yelmo y la espada partida,  
en esos montes ásperos cercado se encontró...  
¡Mi lanza rompió el cerco y a tu abuelo salvó...!  
Aún me parece oírle, en su hora postrera,  
decir, a tu buen padre, que allí, en la cabecera  
del lecho, sollozaba: — el dominio, hijo mío,  
que al morir, con mi espada, a tu brazo confío,  
después de Dios, en todo, se lo debo a Gerberto...  
¡Amalo, como a un padre!— ¡Yo soy tu siervo,  
es cierto!

Pequeña pausa.

También en la batalla de Castiglione, viendo

a mi señor, tu padre, solo, a pie combatiendo  
con un grupo enemigo, le cedí mi corcel,  
y me interpuse entre sus contrarios y él...  
¡Y aún guardan, cual reliquias, de tan  
ruda batalla,  
seis lanzazos mi cuerpo y seis rotos mi malla!  
¡Y allí, en pleno campo, entre tantos Barones  
y Condes, ante el bélico clamor de las legiones,  
descabalgó tu padre, llorando emocionado,  
y estrechó entre sus brazos mi cuerpo  
ensangrentado!  
Merece mi osadía que hoy tu desdén me aflija:  
¡que hoy pago aquel abrazo ultrajando a su hija...!

DIANA

Como buscando una dis-  
culpa.

De la ofensa de Hugo un año ha transcurrido  
hoy, sin lograr venganza... Y jamás ha sufrido  
un Alteno, tal mengua...

GERBERTO

¡No haberle provocado!

DIANA

¿También me inculpas...? ¿Callas...?

GERBERTO

¡Todo un año he callado...!  
 ¡Mas a una Altono debo decirle la verdad,  
 por más dura que sea...! ¡No obraste con lealtad!

DIANA

Usé de mi derecho...

GERBERTO

¿Y derecho le llamas  
 a olvidar tus promesas...? ¿Así tu nombre  
 infamas...?

DIANA

Más que mi propia causa, Gerberto, se me antoja  
 que defiendas la suya...

GERBERTO

¿Quieres tú que recoja  
 tus gentes, que las arme, y en su busca las lleve?  
 ¡Verás cómo este viejo escudero se atreve  
 a traerle al castillo, en cadenas...! ¡Te juro  
 que aún es firme mi ánimo y mi brazo seguro!  
 Pero dirán las gentes: —Antes, de sus castillos  
 bajaban los abuelos para domar caudillos  
 rebeldes; dar franquicia a los pueblos, purgar  
 de ladrones las sendas... Bajaban a luchar  
 con sus fuertes espadas por su justo derecho...  
 Y hoy, descienden los hijos a vengar  
 su despecho...  
 a castigar airados, ardiendo de furor,  
 cual si fuera un delito, un ensueño de amor...!—

DIANA

¡Amor que me desprecia y en el dolor  
me lanza...!

GERBERTO

¡Y si Hugo nutriese ideas de venganza,  
razón tendría para llegar en son de guerra,  
asaltar tus castillos y asolar esta tierra!

DIANA

En un arranque orgulloso.

¡Bien, que venga, Gerberto! ¡La guerra es menos  
dura  
que el desprecio...! La mano de Diana,  
su hermosura,  
¿no son dignas, buen viejo, del honor  
de las armas...?  
¡No habrán de amedrentarme las guerreras  
alarmas!

¡Y con ojos serenos y con pasos seguros  
al frente de mis hombres, me asomaré  
a los muros,  
como un arquero: tenso el brazo, y la vista fija,  
y a las gestas del padre superará la hija...!  
Y quizás, una flecha...

GERBERTO

¡No prosigas, por Dios,  
que al herirle, de un golpe moriríais los dos...!

DIANA

¿Yo...?

GERBERTO

Mirándola fijamente.

Sí: sé más sincera... Busca en tu corazón  
y en tu alma, Diana... Verás que la razón  
de tus largos silencios, de tus noches en vela,

del malestar interno que en tu faz se revela,  
no es tu orgullo ultrajado, ni tu ofensa  
invengada...

A otra causa obedece tu tristeza ulcerada...!  
No seas dura. ¡Tu alma está bella y florida,  
y anhela los encantos del amor y la vida!

Aproximándose más.

¡Cuando el viento desgreña los pinos y en  
la alfombra  
de tu estancia las penas descenden con  
la sombra;

cuando el sueño sus fúlgidas imágenes te inmola,  
entonces, al par sientes que estás tan triste y sola,  
porque falta a tu lado una sonrisa, una  
testa infantil dormida sobre una blanca cuna...!

Diana baja la vista, y se  
cubre el rostro con las ma-  
como para ocultar su emo-  
ción.

¿Callas...? ¿Lloras...? ¡He visto en tus ojos  
las llamas

del amor...! Sé sincera... Confiesa que le amas...

DIANA

Profundamente altera-  
da, pero queriendo disfra-  
zar su turbación.

¡No es verdad...! ¡No le amo...!

Resuena una trompa le-  
jana Diana se estremece.

¿Qué será? ¿No has oído...?

Resuena de nuevo, más  
cerca, el clamor de la  
trompa.

¡Me da miedo...!

GERBERTO

¡Un mendigo que el sendero ha perdido!

DIANA

¡Baja a ver...!

Gerberto va a salir, Diana le detiene.

Manda a otro... ¡Que vaya un escudero!

GERBERTO

Llamando.

¡Martín...!

DIANA

¡Estoy temblando...! ¡Yo no sé lo que espero!

### ESCENA TERCERA

Dichos. MARTÍN, VISCARDO y GASTÓN, todos al entrar se inclinan ante Diana.

DIANA

¿Quién es...?

VISCARDO

Un peregrino que albergue ha demandado para pasar la noche. Yo mismo le he buscado lecho y mesa...

DIANA

Tranquilizándose.

Mas ¿dónde...?

VISCARDO

¡Entre la servidumbre!

DIANA

Con severidad.

¿Tal descendió mi raza, que contra la costumbre,  
al peregrino, al mismo que el Señor nos envía,  
al huésped que reclama la vieja cortesía,  
le ofreces la posada del siervo y del soldado,  
y tanto más le ultrajas cuanto mejor  
te ha honrado...?

VISCARDO

Mas...

DIANA

Con severidad.

¡Calla...! ¡Te concedo que procures la enmienda!  
Condúcele a esta sala. Que contigo descienda,  
Gastón, y que en mi nombre le salude...

¡Es mi igual  
desde que de esta torre su pie cruzó el umbral...!  
¡El huésped es sagrado como un Rey...!

A Martín.

¡Que tu gente  
le acompañe! ¡Con hachas alumbrad su camino...!  
¡Que en medio de mi corte me encuentre  
el peregrino!

Viscardo, Gastón y Mar-  
tín se inclinan y salen.

GERBERTO

¡Eres tan bella como noble...!

DIANA

¡Y ahora confío,

que si ha muerto por siempre el honor que fué  
 mío,  
 la vieja cortesía brille en esta ocasión...!

Gerberto va a interrogarla. Diana le pone la mano en la boca.

¡No intentes nuevamente leer mi corazón!

### ESCENA CUARTA

DIANA, GERBERTO, HUGO, VISCARDO, GASTÓN, MARTÍN,  
 escuderos y gentes de armas.

Entran cuatro siervos con antorchas. Después, Viscardo, Gastón y Martín, y por último, Hugo, disfrazado de peregrino. Bajo el sombrero, lleva calada la capucha para ocultar el rostro. Permanece inmóvil y rígido en el umbral, entre la gente de Diana.

DIANA

Apoyada en Gerberto,  
 dirigiéndose a Hugo.

Aunque villano seas o noble caballero,  
 tú que vistes el hábito piadoso del romero,



vengas de donde vengas, de los montes o el  
llano,  
esta casa es la tuya... ¡Entra y reposa,  
hermano...!

HUGO

¡Noble y bella doncella...! ¡Por todas las dulzuras  
que la tierra prodiga; por las santas ternuras  
que en su copa de oro el amor nos regala,  
yo os juro que un arcángel ha extendido su ala  
de este noble castillo sobre el piadoso umbral...!  
¡Que él, tu bella existencia guarde de todo mal...!  
¡Que si en algún instante, la tristeza indecisa  
vuela a ti, que la ahuyente con su dulce  
sonrisa...!

Descendiendo al centro  
de la escena.

DIANA

¿Ya conoces mi nombre...?

HUGO

Todo el valle te llama  
su apoyo...

DIANA

¿Dónde marchas...?

HUGO

¡No lo sé, noble dama!

DIANA

¿Hacia Nuestra Señora cruzas en romería?

HUGO

¡Voy a cumplir los votos a la Señora mía!

DIANA

¡Buscaste para ello la más dura estación!

HUGO

¡Logrará mejor premio mi peregrinación!

DIANA

¡Las sendas están todas desiertas y nevadas!

HUGO

¡Pues a pesar de eso, encontré, a dos jornadas de aquí, rico en plumajes, magnífico y triunfal, atravesando el monte, un cortejo nupcial...!

DIANA

¿Un cortejo...?

HUGO

Guiábalo un joven caballero  
que en el peto ostentaba, sobre el bruñido acero,  
en esmalte de oro, un rampante león...  
¡Llevaba un gran penacho azul en el airón...!

DIANA

Sorprendida.

¿Penacho azul...?

HUGO

¡Y era también azul la veste,  
y azules los penachos de su lucida hueste!  
Y su divisa, envuelta entre llamas, decía:  
—Sirviendo, reino.—

DIANA

Afanosa.

¿El nombre...?

HUGO

¡Lo ignoro, reina mía...!  
Y acordarme debiera...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 2525 MONTERREY, MEXICO

DIANA

¿Y qué mueve su empresa...?

¿Tú sabes...?

HUGO

¡De una hija del Conde de Valesa,  
si yo mal no recuerdo, iba a pedir la mano...!

Como recordando de sú-  
bito, después de una leve  
pausa.

Hugo de Monso...

DIANA

Cortando la frase.

prano...!

HUGO

Afirmativamente.

¡Hugo de Monsoprano!

¡Y vi que era un enlace por demás venturoso...!  
No hay esposa más bella ni más amante esposo...!

DIANA

A pesar de tu hábito, ese lenguaje abona  
que eres docto...

Queriendo interrogarle.

¿Y no sabes...?

HUGO

¿Qué quieres?

DIANA

Conteniéndose.

¡No...! Perdona,  
si atenta a tus relatos he olvidado que eres  
tú el señor y yo el huésped...

Llamando.

¡Gerberto...!

GERBERTO

Inclinándose.

¿Qué me quieres...?

DIANA

A Gerberto.

Condúcele a la estancia de las Flores de lis.

A Hugo.

Allí, durmió dos noches, de paso, el buen  
Rey Luis  
de Francia, y a mis armas el lis ha concedido...

HUGO

Para mí es demasiado honor... Sólo te pido  
un lugar junto al fuego donde poder orar...

DIANA

La casa es tuya. Es tarde... Me voy a descansar...  
De todos mis vasallos dispón a tu albedrío...

A los siervos.

¡Dejadle solo...!

Volviéndose a Hugo.

¡El cielo derrame, hermano mío,  
sobre tu frente y sobre tu alma su bendición...!

Los siervos dejan dos  
antorchas clavadas en las  
anillas fijas en las paredes  
laterales y salen con Mar-  
tín y Viscardo. Diana se  
marcha, pero vuelve de  
nuevo, ansiosa de interro-  
garle. Vacila, retrocede, y  
por fin, haciendo un vio-  
lento esfuerzo, se dirige  
hacia su cámara.

HUGO

¡Dios te guarde, señora...!

DIANA

Volviéndose de nuevo,  
como queriendo hablarle.

¡Escucha...!

Se detiene, dominándose,  
y llama a Gastón.

¡No...! ¡Gastón...!

Gastón la precede, con  
una antorcha, y sale por  
la puerta más alta de las  
dos que hay junto a la chi-  
menea.

## ESCENA QUINTA

GERBERTO Y HUGO

HUGO

Apenas se ve sólo con  
Gerberto, se acerca ansio-  
samente a él.

¡Soy yo...!

GERBERTO

Extrañado.

Mas ¿quién...?

HUGO

Bajándose la capucha.

¡Contempla...!

GERBERTO

Sorprendido.

¡Hugo de Monsoprano...!

HUGO

Imponiéndole silencio.

¡Silencio...!

GERBERTO

Mas ¿qué quieres...?

HUGO

¡Escucha, buen anciano!

GERBERTO

Mas ¿tus bodas...?

HUGO

¡Fué una patraña bien urdida!

GERBERTO

¿Y a qué vienes...?

HUGO

¡A verla aunque pierda la vida...!

Gerberto intenta hablar. Hugo le detiene.

Sé que vas a decirme que perdí la razón;  
 que me odia y que en vano espero su perdón;  
 que la ofendí y que sólo piensa en vengarse...

¡Es cierto...!

¡Amenázame, gritame lo que quieras, Gerberto...!

Mas, después de mirarla más altiva y más bella,  
a mi amor no le digas: —¡Vete y renuncia a ella!  
¡Vuelve a emprender de nuevo tu trágico camino,  
y aquí no vuelvas nunca, osado peregrino...! —  
¿Esto ibas a decirme...? Mas no temo a la lucha,  
ni al peligro, Gerberto... ¡Mi juramento

escucha...!

—¡Por todos los conjuros de la tierra y del cielo,  
no me marchó, si antes mi amor no le reveló!

GERBERTO

Que ha hecho esfuerzos  
inauditos para contener su  
intima alegría.

¡Dios te manda...!

HUGO

¿Qué has dicho, Gerberto...?

GERBERTO

¡Dios te manda...!

HUGO

¿Te burlas...?

GERBERTO

¿Yo, burlarme...? ¡Si es mía tu demanda...!  
¡Si es mi sueño ese enlace...!

Se aproxima a él confi-  
dencialmente.

¡A buen tiempo has llegado,  
porque tú, señor, eres por mi dueña esperado...!

HUGO

Ebrio de júbilo

¡Háblame...! ¡A tus palabras mi voluntad someto!

GERBERTO

Radiante.

¡He leído en sus ojos su divino secreto...!  
 No te odia... Para ella nunca fuiste un extraño...  
 ¡Su venganza en cariño se transformó en un año!  
 ¡Tu imagen de sus ojos no se aparta un  
 momento...!

¡Tuya es toda su alma; tuyo su pensamiento...!  
 Tu recuerdo sus horas más luminosas llena...  
 ¡Al mirarte de nuevo, sentirá su cadena...!  
 ¡Mas es preciso tacto...! ¡Cuenta siempre  
 conmigo...!

HUGO

Con profundo agradeci-  
 miento.

Mi vida está en tus manos y a obedecer me  
 obligo...

GERBERTO

Después de una breve  
 pausa.

Mas ¿cuál es tu proyecto...?

HUGO

¡El de esperarla aquí...!

GERBERTO

¿Esta noche...?

HUGO

Con firmeza.

¡Vendrá...!

GERBERTO

¿Estás seguro...?

HUGO

¡Sí...!



Oyendo mi relato la vi palidecer;  
y vendrá, pues curiosa como toda mujer  
le empujará el deseo de inquirir pormenores,  
mas noticias de esos fantásticos amores...  
El corazón me dicé que vendrá... ¡Lo presiento...!

GERBERTO

¡Da al corazón oídos...! Nunca engaña su acento  
cuando el amor nos habla...

HUGO

La esperas tú también...?  
Dímelo... ¿Tú la esperas...?

GERBERTO

¡Las almas no se ven...!  
¡Señor. son tan profundos sus misterios...!  
Vendrá acaso... Yo me marcho...

Pone el oído atento,

como si creyese sentir los  
pasos, y después hace un  
signo a Hugo para que  
vuelva a escuchar.

HUGO

Que se ha ido acercando,  
poco a poco, a la puerta de  
la cámara, y se detiene de  
pronto, al oír pasos.

¡No me engaño...! ¡Aquí está!

Gerberto, a una indica-  
ción de Hugo, sale cautelo-  
samente por la puerta del  
centro. Hugo vuelve a ca-  
larse la capucha, y se sien-  
ta, apoyando los codos en  
la mesa y la cabeza entre  
las manos.

ESCENA SEXTA

HUGO y DIANA

Diana entra por la puerta de su cámara, y permanece un momento vacilante en el umbral.

DIANA

¿Como tan solo...?

HUGO

Acaba de salir tu escudero...  
¿Quieres tú que lo llame...?

DIANA

No. ¡Sobre el valle un fiero

huracán ululante sus furias ha extendido,  
y temeroso, el sueño, de mis ojos ha huído...!

HUGO

¡De los míos ha tiempo que huyó, y no regresa!

DIANA

¿También...? Mas eres joven...

HUGO

¡La juventud me pesa,  
que nos dobla los años nuestra mala fortuna!

DIANA

¿Tantas y tantas penas sufriste...?

HUGO

Sólo una;  
mas la mayor de todas...

DIANA

¿Qué...?

HUGO

¡No debes escuchar...!

Pequeña pausa.

DIANA

Para engañar las horas, ¿me la quieres contar...?

HUGO

¿Tienes quizás un bálsamo que me cure esta  
herida?

DIANA

Extraña es tu pregunta...



HUGO

¿Quieres oír la historia del gallardo Ariodante?  
 Por celos que le asaltan de su Ginebra hermosa  
 se arrojó al mar en una noche tempestuosa;  
 mas salvo, por milagro, reconoce su error...

DIANA

¡No cuentes esa historia, que es historia  
 de amor!

HUGO

Diré de Brandimante y de su Flor de Lis.  
 Perdido, ella le busca, y, al tornar a París,  
 por fin le encuentra muerto, y muere de dolor...

DIANA

¡No cuentes esa historia que es historia de amor!

HUGO

Con intención.

¿Tanto le temes...?

DIANA

Odio las dulces cantilenas.  
 Soy fuerte... ¡Corre sangre heroica por  
 mis venas...!

HUGO

¡La piedad es, Diana, propia de las mujeres!

DIANA

Para hablar como hablas, tú, romero  
 ¿quién eres...?

HUGO

Quien así puede hablarte... ¿De qué es tu alma,  
 que fiera

ni en la esperanza cree ni en el amor espera...?

DIANA

El hombre es tornadizo... Es olvidar su vida...

HUGO

¡Mas el supremo encanto del Amor no se olvida!

DIANA

Intranquila.

¿Intentas ser, romero, de mis secretos juez...?

HUGO

Con ímpetu.

Oye una historia horrible...

DIANA

Escucho...

HUGO

—Hubo una vez

del Rhin en las orillas, una noble doncella  
tan rica como altiva, tan cruel como bella...  
Un torreón en ruinas, de su castillo al lado,  
se alzaba, sobre su pico casi a cincel cortado...  
¡La torre se llamaba el Kinast, y la fama  
—la esposa del Kinast—dió en llamar a la dama,  
pues su mano ofreciera al valiente doncel  
que al ruinoso castillo trepase en su corcel...!

Diana, que había estado  
escuchando atentamente  
la narración, levanta de  
pronto la cabeza, maravi-  
llada y recelosa, al mismo  
tiempo. Hugo repara en  
ello.

¿Qué pasa?

DIANA

Nada... Sigue...

HUGO

¡Gallardos y altaneros,  
intentaron la prueba dos nobles caballeros!  
El primero, un mancebo seguro de sí mismo,  
trepó penosamente, mas cayó en el abismo...  
El segundo llegaba casi a la meta, cuando  
se desploma un peñasco, y el corcel, vacilando,  
se encabrita... Era áspero e inseguro el terreno;  
el jinete a la brida se agarra, y con el freno  
y la espuela, le impulsa... El caballo aturdido  
bota, tiembla, vacila... Un instante: un rugido  
de angustia, y hasta el foso del castillo altanero  
rodaron confundidos caballo y caballero...!

DIANA

¡Triste historia...!

HUGO

Prosigo... Varias lunas ya eran  
pasadas, sin que otros a la prueba acudieran,

cuando a la castellana de Kinast llegó un día  
un doncel que a la cumbre ascender prometía...  
La cumbre estaba envuelta en sombras,  
y entre tanto  
que no rasgase el alba el tenebroso manto,  
le ofrecieran albergue en el castillo. Era  
tan gallardo y tan joven que la dama altanera,  
sintiendo que a su vista el amor florecía,  
de la terrible prueba perdonarle quería...  
Recusa el caballero, y cuando el sol se enciende,  
va, supera la meta, y vencedor descende.  
— ¡Tuya es mi mano! — dijo la dama...  
El caballero  
respondió: — ¡Ni tu mano ni tus castillos quiero!  
¡Desprecio tus crueldades; tu poder no  
me alcanza...!  
¡De mis muertos hermanos vine a tomar  
venganza...!  
¡Me amas... y de ti misma ese amor me vengó!—  
¡Tal dijo el caballero... y por siempre partió...!

DIANA

Dando un grito.

¡No me ocultes el rostro...! Descúbrete...  
 ¡Es en vano...!  
 Te conozco... Tú eres Hugo de Monsoprano...!

HUGO

Arrojando el manto y  
 apareciendo ricamente  
 vestido.

¡Es cierto...! ¡Aquí me tienes a renovar  
 mi empresa!

DIANA

¡Tú! ¿A qué viniste...?

HUGO

¡Mátame, que la vida me pesa!  
 ¡Insúltame...! En tus frases mi propia dicha  
 bebo...

DIANA

¿Eres tú, que regresas a ultrajarme de nuevo?

En un arranque de fie-  
 reza.

¡El cielo me es testigo, que te hubiese buscado  
 hasta el fin de la tierra...! ¡Y te encuentro a  
 mi lado!

¿Dónde están las espadas de tus cien escuderos...?  
 ¿Tus huestes, tus castillos, tus lanzas, tus aceros?  
 ¡Nada podrá ampararte! Ni la noble corona  
 de tu padre, ni el yelmo que tu orgullo pregona  
 ni tus tierras lejanas... ¡Este castillo es mío...!  
 Son fuertes sus murallas...Estás a mi albedrío...

Conteniéndose de pron-  
 to, sintiendo estallar en su  
 pecho todo el fuego de su  
 amor.

¡Mas no...! ¡Miente mi boca...! En vano, en vano  
 clamo  
 y me revelo... Escucha...

Con voz trémula.

¡Soy cobarde... y te amo...!



HUGO

Estrechándola rápidamente  
entre sus brazos.

Sigue... tu voz me encanta...

DIANA

¿Tanto me amas...?

HUGO

¡Deja que te bese la mano,  
y que hoy ante tus plantas, este amor  
subrehumano  
te relate la historia de mi dolor...! ¡Por ver  
si arrancarte podía del alma, en el placer  
y en los rudos combates, busqué en vano  
el olvido,  
que más te recordaba mi corazón herido!  
¡Para mi mal no he hallado ni bálsamos ni aroma!  
¡Postrado ante las plantas del Pontífice,  
en Roma,

remedio para el alma en vano supliqué...!  
¡En vano con las huestes infieles guerreé!  
¡Sus lanzas no pudieron acabar con mi vida...!  
No hubo paz ni reposo...

Reparando en la actitud  
de Diana.

Mas ¿por qué entristecida  
me miras entre lágrimas...? ¡Ahora es mía  
tu mano...!

¡Te llevaré, Diana, hasta un país lejano,  
bajo unos bellos cielos, a la tierra florida  
de Italia...! ¡Y a tu lado será bella la vida!

DIANA

¡Estoy envilecida;  
mas te juro que muero sin conocer la herida...!  
¡Has completo tu triunfo, y llévale a tu esposa,  
como imperial trofeo, esta vida angustiosa!

HUGO

Sonriendo.

Fueron falsas mis bodas...

DIANA

¿Qué dices...?

HUGO

¡Que el amor  
hasta ti me condujo...!

DIANA

¿Me amas...?

HUGO

¡Con tanto ardor,  
que este año, Diana, que lejos he vivido,  
un siglo de agonía para mi amor ha sido!

DIANA

Como dudando de su fe-  
licidad.

¿Es verdad lo que dices...? ¿Me adoras? ¿No has  
mentido?

¡Mi orgullo por tu mano bien castigado ha sido!

¿Tu amor dará a mi alma fatigada reposo...?

¿A buscarme has venido...? ¿Serás, Hugo,  
mi esposo...?

Acabóse el destierro, y la tristeza es ida...

¡Vieja casa, el sol torna, y con el sol, la vida!

¡Qué duro al partir fuiste...! ¡Tus frases  
fueron llamas

que abrasaron mi pecho...!

Hugo se dirige al fondo.

HUGO

Gritando.

¡Venid...!

DIANA

¿Para qué clamas?

HUGO

Será igual a la afrenta la enmienda...  
 A mi señora  
 honraré como a una hija del Rey se honra!

## ESCENA ULTIMA

Dichos, GERBERTO, MARTÍN, VISCARDO, GASTÓN y después la Corte.

Hugo, al ver aparecer a Gerberto, se acerca a él y le estrecha con júbilo.

HUGO

¡Gerberto...!

DIANA

A Gerberto, señalando a

Hugo.

¡Ya ha vencido...!

GERBERTO

A Diana.

¡Bien me lo presentía...!

HUGO

Llamando.

¡La Corte aquí...!

A Gerberto.

¿Qué tienes...?

GERBERTO

Limpiándose una lágrima.

¡Que lloro de alegría...!

A una señal de Gerberto penetra la Corte de Diana, tal como en el primer acto. Los siervos portan antorchas. Todos se colocan en el fondo.

HUGO

¡Oidme todos...! Un año esta tarde ha cumplido en que yo, el Conde Hugo, osé, dando al olvido la cortesía propia de todo noble seno, devolver su palabra a Diana de Alteno...  
¡Un año entero llevo purgando tal acción, y hoy regreso a sus plantas a implorar su perdón...!

¡Vosotros que testigos fuisteis de mi ardimiento seréis también testigos de mi arrepentimiento!

Se arrodilla delante de Diana.

DIANA

Levantándole y volviéndose hacia su Corte.

¡Os presento, vasallos, a mi esposo y señor!  
¡De mis rudos desdenes ha triunfado el amor...!

GERBERTO

Con los ojos húmedos.

¡Oh, mi noble señora...! ¡Ya que vas a ceñir la corona de esposa, tranquilo puedo ir a dormir en la fosa de mi antiguo señor...!

DIANA

A Hugo, sonriente.

¡Voy, gentil caballero, a pedirte un favor...!

HUGO

¿Qué me pides...?

DIANA

Tu venia para poder lograr rescatarme a mí misma...

HUGO

¿Qué anhelas rescatar?

DIANA

Tu enigma. ¡Si lo acierto, como yo espero, gloria común será también, esposo, mi victoria...!

Todos le rodean.

HUGO

A Diana.

—¿Sabrás tú decirme, cuál es de las flores la más rica y pródiga de veneno y miel...? ¡Es sol que nos ciega con sus resplandores, y copa de oro colmada de hiel...!—

DIANA

Interrumpiéndole.

No sigas. Le conozco... En un año de duelo su nombre y dónde nace me ha revelado el cielo...

Señalándose al pecho.

En mi jardín se ha abierto y germina esa flor... ¡Comprenderla no puede quien siente el amor!

CAE EL TELÓN



